

ÉTICA Y QUEHACER POLÍTICO

Búsqueda de la paz en la coyuntura actual del País

Escrito del Padre Carlos Alberto Calderón Álvarez Para el periódico "El Colombiano" 27 de marzo de 1994.

Aporte de la Corporación Ilakir de Enkai con motivo del DÍA INTERNACIONAL DE LA ÉTICA. 27 de abril de 2008.

La política, ese ejercicio tan trascendental y hermoso, no lo podemos dejar sólo en manos de los políticos.

Esta convicción nos anima a aportar desde otra perspectiva: La Ética, al debate electoral que hoy anima nuestro país. El vacío ético del cual algunos han venido hablando últimamente toca no solamente el mundo de las costumbres ciudadanas individuales, o el mundo de lo económico, sino que sacude con mayor fuerza el mundo de la política.

La crisis político – institucional que ha padecido nuestro país en los últimos años y cuyos efectos sufrimos en forma tan dramática hoy, no es solamente el resultado de crisis coyunturales como algunos los plantean; la crisis del país hay que buscarla río arriba, en el fondo de un resquebrajamiento moral, de una convulsión ética que se refleja sobre todo en el mundo de las instituciones y de los hombres políticos.

Hoy, cuando en el país buscamos ponernos de acuerdo en un consenso mínimo ético, en un acuerdo axiológico que anime la vida institucional del país y no solamente las voluntades individuales de algunos ciudadanos, es urgente lograr que este consenso ilumine e incida de manera especial en el ejercicio de la política.

PODER Y VACÍO ÉTICO

Si algún espacio humano es susceptible de convertirse en un espacio de negación Ética, de amenaza a la vida, es justamente el espacio de lo político, porque es el espacio del poder. Esto ha constatado tristemente la historia de la humanidad y lo sigue constatando aún hoy:

De la pupila de la humanidad no se ha borrado todavía, (¡y no se podrán borrar jamás!) Hiroshima, Nagasaki, Auschwitz, Dachau, Sabra y Chatila, el estadio de Santiago de Chile de Pinochet, el patio de la UCA en El Salvador, Tacueyó, la “Mejor Esquina”, Cimitarra, las comunas de Medellín, las montañas colombianas y muchos más campos de sangre que en nuestro país, en nuestros continentes y en miles de esquinas del mundo, dan razón de esa demencia del poder que ha afectado a tantos hombres y mujeres, quienes a nombre de la defensa de la “civilización cristiana y occidental” unos; en nombre de la “seguridad nacional” otros, pero todos en nombre de la satisfacción de los intereses y privilegios personales o partidistas han llenado de cruces y cementerios la geografía humana mundial.

Nuestro aporte intenta sugerir algunos criterios éticos que puedan iluminar el mundo de lo político, servir de calibradores de ese quehacer político en el cual todos estamos implicados y del cual dependerá la búsqueda de la paz en la coyuntura actual del país.

Sin un consenso mínimo que garantice que el actuar político del país se agrupe en torno a unos valores fundamentales, **los cuales deben ser personal e institucionalmente respetados y asumidos**, será imposible que el país salga del vértigo de la violencia que lo ha envuelto en especial en los últimos años. Sin un trabajo de higiene moral que sanee el actuar político de todos los ciudadanos, que cauterice las heridas abiertas por quienes secular e irresponsablemente han manejado los asuntos de la “polis”, la vida nueva institucional que comenzamos en Colombia con la nueva Constitución no será nunca nueva.

HACIA UNA ÉTICA DEL RESPETO POR LA LIBERTAD Y LA AUTONOMÍA

El mundo de la política, como ningún otro, es susceptible de ser ejercido desde el terrible abuso de la manipulación de las personas, de los grupos, de los pueblos.

Para quienes el poder es su única ambición, su pasión desbordada, las personas, los grupos y las comunidades no son más que instrumentos al servicio de dicha ambición; esta negación de la autonomía y de la libertad humana es el pan de cada día en el ejercicio de la política en nuestro país; todos somos testigos del oportunismo y de la manipulación de personas y comunidades en la compraventa y el engaño de los votos, en las promesas infamemente mentirosas y engañosas de quienes entienden y ejercen la política como satisfacción de intereses personales o de partido.

Frente a esta realidad de manipulación y de engaño tan presente en el ejercicio del poder y tan negadora de la dignidad y la libertad humana y social, es necesario proclamar la necesidad de una Ética que garantice el respeto por la autonomía y la libertad del pueblo, por el derecho a no ser engañado y manipulado en el ejercicio de su responsabilidad ciudadana.

HACIA UNA ÉTICA DE DEFENSA DEL VALOR DE LA PERSONA HUMANA

La mentalidad de lucro, de competencia, el deseo de sacar del otro “la mejor tajada”; la valoración de las personas por lo que tienen, por la utilidad económica o política que reportan, es la herencia que nos ha dejado ese “capitalismo salvaje” que ha infectado nuestra cotidianidad personal y colectiva; es la mentalidad presente en quienes organizan los “asuntos de la poli” en la economía, en la distribución del poder, en la participación de los beneficios sociales.

Esta mentalidad compulsiva de lucro, este ejercicio de la política y de la economía como expoliación de los más débiles y desprotegidos es también “pan de cada día” de la praxis política de muchos grupos, de muchas instituciones y de muchos de los que en nuestro país tienen responsabilidades políticas trascendentales para el bien común.

Frente a esta responsabilidad de ofensa a la dignidad de la persona humana, **frente a este “pecado” político** que destruye el valor de las relaciones interpersonales y sociales en aras del lucro y de la utilidad, es necesario proclamar una Ética que no solo grite contra la utilización de las personas y de las comunidades como simple trampolín electoral para subirse al potro del poder a disfrutar de sus beneficios, sino que lo impida a toda costa.

HACIA UNA ÉTICA DE LA SOLIDARIDAD POLÍTICA

Desde la realidad en la cual se ha ejercido y se ejerce la política entre nosotros ella aparece, y no en menor grado, como espacio del egoísmo, de la satisfacción de intereses personales o de una élite social y económica o de un grupo político determinado. No podemos desconocer que el pueblo, las comunidades y los grupos son “excluidos de solemnidad”, de oficio, de la participación real en las decisiones políticas, en los beneficios económicos y sociales de la organización de los asuntos públicos; todos sabemos del mundo de la burocracia, del clientelismo

y de otras enfermedades endémicas que han azotado y lo siguen haciendo, al ejercicio político en nuestro país.

Como alternativa a este mundo del egoísmo político, del particularismo social, de la insolidaridad, de la comprensión de la política como satisfacción de los intereses de las élites privilegiadas, económica y políticamente, se impone una Ética de la solidaridad, que interponga el bien común, los intereses populares, especialmente los de las fracciones más pobres, postradas y excluidas, como eje y centro de la acción y el manejo de la “cosa pública”. Si algún campo de la Ética tendría que activar la vida político-institucional del país, debería ser precisamente éste.

HACIA UNA ÉTICA DE LA VERDAD EN LO POLÍTICO

El mundo de la política puede convertirse, si no hay derroteros éticos, en el hábitat de la mentira y del engaño, de esas armas sutiles de muerte, generadoras por demás de violencia y agresividad. He aquí otra de las lacras de nuestra política nacional: el engaño, la mentira, el aprovechamiento de la “bondad” la ignorancia y de las esperanzas de los más pobres e indefensos; cómo jugamos con ellos... Los hacemos carnada del botín politiquero con el cual negocia más de uno en el país; una vez más salta a la vista el vicio del clientelismo, el engaño de muchos en las jornadas electorales, la compra y venta de votos, las promesas no cumplidas, etc., y todas las demás consecuencias de un ejercicio político centrado en la patraña de la mentira y del engaño al pueblo.

Ante esta constatación es necesario recuperar la dignidad del ejercicio de la política a partir de la urgencia de una Ética del amor y del servicio a la verdad, como única manera de salvar el valor y la transparencia de ese quehacer político.

HACIA UNA ÉTICA DEL PODER COMO SERVICIO

Por último, vemos urgente hacer una hermenéutica del poder. Como lo insinuábamos más arriba, el quehacer político tiene como fundamento el ejercicio del poder. El poder ha embriagado a más de uno en la historia de la humanidad; la ambición y la pasión por dominar, por imponer e imponerse irracionalmente ha llenado de muerte al mundo. Es tal vez esta tentación de autoritarismo, de la ambición sin control y límites, este deseo de fama, de hacer de los demás siervos y esclavos lo que llamaría al ejercicio de una profilaxis del poder en nuestro país.

Ante esta concepción y esta praxis del poder como dominio, como imposición del más fuerte sobre el más débil; ante esta concepción del ejercicio político como

sometimiento, como atropello de los demás, se impone la necesidad de un aporte ético que conciba el poder como servicio, como ejercicio amoroso de la solidaridad, como fraternización con el pueblo.

Fue esta la gran utopía de Jesús de Nazaret (Jn. 13, 1-17; Mt, 20, 20-28), refrescante utopía que nos vendría bien activar en este período de desencantos ideológicos. Tal vez nuestra participación responsable en las jornadas electorales, a los pobres y marginados soñar de nuevo el sueño de Luther King y de tantos otros creer que llegará ese día en el cual los sueños, sueños no son.